



Carmen Beltrán Falces

SANGRE

No hagáis daño a los míos.
Mi sangre arde con el ímpetu
que le regalan milenios de Historia,
de crímenes dictados
por orgullos enfermos.
No hagáis daño a los míos.
No hundáis vuestros colmillos de hiena
en su piel inocente,
en sus miradas confiadas,
en su esperanza.
No hagáis daño a los míos.
Dirigid vuestro odio a los vuestros,
inoculad el mal en
vuestros selectos círculos.
Si alguien ha de sufrir que sean
quienes comen de vuestra carne.
Pero no cercenéis la dolorosa paz
de la que gozan los míos.
Los míos son muchos
y sí: mi sangre muerde.

LOS HOMBROS DE LOS GIGANTES

Ser bueno era un problema.
Muy grave si lo eras en muchas cosas.
Todos esperaban que cayeses,
que fallases estrepitosamente.
Un fracaso que evidenciara
esa imperfección que tú ya conocías.
Tu punto débil.
Rabiaban por conocerlo.
Te enfermaba su hipocresía
pero te aterraba estar solo.
Y te dejaste devorar por ellos.
Caíste.
Dejaste que te superaran
las veces que fueran necesarias
para lograr que te tuvieran
más pena que envidia.
No volviste a levantar cabeza.
Pero tampoco volviste a estar solo:
los hombros de todos
los triunfadores a los que aupaste
guardan a que llores en ellos tu fracaso.

PECADO ORIGINAL

La juventud es una enfermedad dolorosa.
A nosotros, tan jóvenes y tan bellos,
tener tanta suerte nos parecía una injusticia.
Para paliarla, castramos nuestra felicidad.
Temíamos que si abusábamos de ella
nuestra fortuna desaparecería.
Dormimos las mariposas de nuestros vientres
y descubrimos en la tristeza
el más confortable de los refugios.
La buscamos en nuestras pieles
y en las de otros enfermos como nosotros.
Mezclando nuestra humedad
nos contagiábamos.
Vivíamos tristes como niños sin madre,
desafiando a toda lógica
y sin comprender aún
que quizá envejecer consista
en perderle el miedo a ser feliz.

(del poemario *Pecado original*, Ediciones del 4 de
Agosto, Logroño, 2007)